Benno Weiser Varon

RECUERDOS del Ecuador

Cuando Hitler invadió Austria en 1938, todos los judíos trataban frenéticamente de emigrar, a los Estados Unidos en su mayoría. Yo no tuve que aprender el inglés, ni buscar un *affidavit* en Norteamérica. Sabía el español y cifraba mis esperanzas en el Ecuador.

Mi padre tenía un pariente -ingeniero de una compañía alemana- que en 1913 se había dirigido al Ecuador para trabajar en la construcción del ferrocarril de Guayaquil a Quito. Estableció su hogar en Quito y llegó en 1929 a Viena, como Cónsul General honorario del Ecuador. Un día me llamó y me preguntó si me interesaba ganar dinero de bolsillo enseñando alemán a un joven ecuatoriano y preparándolo para el examen de admisión en el elegante colegio ''Theresianum''. El muchacho tenía la misma edad que yo -dieciséis años- y era hijo de un alto dignatario de su país. Iba a llegar dentro de un mes. Compré un libro de estudio de español sin maestro. Así es que cuando Jaime -así se llamaba mi discípulo- arribó un mes más tarde, le saludé en español fluido. Pero no lo conquisté con esa hazaña, sino con otra. En nuestra primera clase Jaime me desafió a una lucha libre.

La idea no me entusiasmó, pues mi autoridad se resentiría ciertamente si él ganaba. Por otra parte, tampoco podía exponerme al peligro de parecer cobarde. Después de la lucha lo consolé, refiriéndole que el pueblo judío deriva su nombre, Israel, de la lucha libre entre uno de sus patriarcas, Jacob, y un ángel de Dios y que la lucha libre era, pues, una de las más antiguas tradiciones de nuestro pueblo. Jaime se dio por satisfecho con esa explicación. Llegó a ser un devoto alumno y un amigo fiel.

Seis meses más tarde Jaime salvó sus exámenes y lo perdí de vista.

María Mercedes Salgado

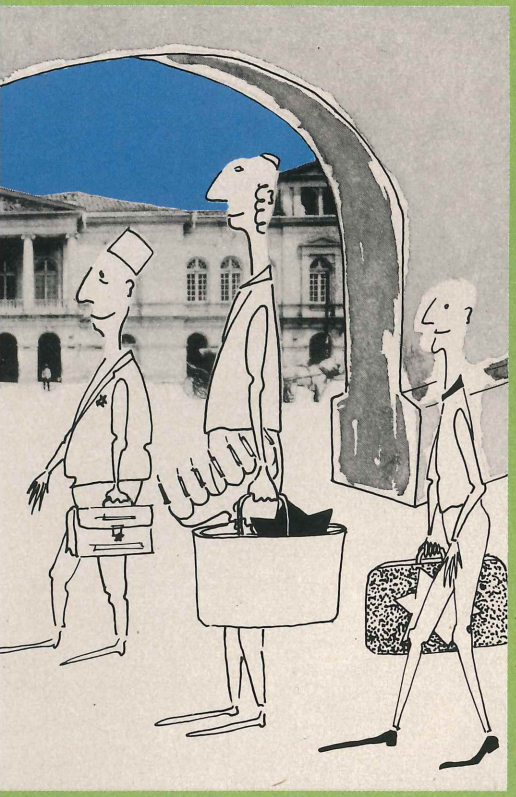
Sabía que había ido a estudiar a Alemania. Volví a verlo por el año 1933; cuando estuvo de visita en Viena. Me mostró orgulloso una colección de bolsitas de celofán que contenían cada una un rulo de muchacha, trofeos de sus conquistas amorosas. Si mal no recuerdo, eran veintitrés. No era raro que estuviese encantado de Alemania; no era culpa suya que precisamente en aquel entonces Alemania se volviese nazi.

Sin embargo, nuestra amistad sobrevivió a aquella prueba. Cuando después del *Anschluss* nuestro consejo de familia escudriñó los horizontes en busca de una vía de escape, resultó que en todo el hemisferio occidental conocíamos sólo a aquel pariente de mi padre y a Jaime. Mandé un cable de S.O.S. a los dos y recibí al cabo de unos días la contestación de que mi visado fue enviado al Consulado en Amsterdam. El pariente de mi padre, si bien buena persona, era también un hombre cauteloso. Cuando, después de mi llegada al Ecuador, le visité y le dije que había que procurar visados para mis familiares, que habían permanecido en Viena, él frunció el ceño y me preguntó: ''¿Y de qué van a vivir?'' ''Eso me tiene sin cuidado -contesté yo- lo importante es que vivan''. Y en vez de insistir fui a ver al padre de Jaime, que no hizo preguntas y me acompañó al Ministerio de Relaciones Exteriores, desde el cual se despacharon las autorizaciones para diez visados al Consulado de Amsterdam.

¡Qué extraño tiempo aquél, en que países que uno sólo conocía a través de estampillas de correo se convertían

Benno Weiser Varon

UERDOS Ecuador



María Mercedes Salgado

Jaime

oto

alumno y un amigo fiel.

Seis meses más tarde Jaime salvó sus exámenes y lo perdí de vista.

Sabía que había ido a estudiar a Alemania. Volví a verlo por el año 1933; cuando estuvo de visita en Viena. Me mostró orgulloso una colección de bolsitas de celofán que contenían cada una un rulo de muchacha, trofeos de sus conquistas amorosas. Si mal no recuerdo, eran veintitrés. No era raro que estuviese encantado de Alemania; no era culpa suya que precisamente en aquel entonces Alemania se volviese nazi.

Sin embargo, nuestra amistad sobrevivió a aquella prueba. Cuando después del *Anschluss* nuestro consejo de familia escudriñó los horizontes en busca de una vía de escape, resultó que en todo el hemisferio occidental conocíamos sólo a aquel pariente de mi padre y a Jaime. Mandé un cable de S.O.S. a los dos y recibí al cabo de unos días la contestación de que mi visado fue enviado al Consulado en Amsterdam. El pariente de mi padre, si bien buena persona, era también un hombre cauteloso. Cuando, después de mi llegada al Ecuador, le visité y le dije que había que procurar visados para mis familiares, que habían permanecido en Viena, él frunció el ceño y me preguntó: ''¿Y de qué van a vivir?'' ''Eso me tiene sin cuidado -contesté yo- lo importante es que vivan''. Y en vez de insistir fui a ver al padre de Jaime, que no hizo preguntas y me acompañó al Ministerio de Relaciones Exteriores, desde el cual se despacharon las autorizaciones para diez visados al Consulado de Amsterdam.

¡Qué extraño tiempo aquél, en que países que uno sólo conocía a través de estampillas de correo se convertían súbitamente en nuestra única esperanza de sobrevivir! ¿Qué sabía yo del Ecuador? Recuerdo que varios días después de aquel cable canturreaba contínuamente una canción que había compuesto ''ad hoc'', utilizando una vieja melodía:

''¡Habe Dank, Don Cristóbal Columbus, Du hast auch für uns es entdeckt!'' (Muchas gracias, Don Cristóbal Colón, la descubriste también para nosotros.)

El segundo ecuatoriano que conocí era el Cónsul en Amsterdam. Era bajo, flaco, con rostro de indio puro. Me hizo una pregunta en alemán y yo contesté en español. Un día más tarde estampó el visado; un visado para un judío era en aquellos días un permiso de residencia en este mundo, un salvoconducto para la supervivencia. Un cónsul era en aquel período la persona que más se acercaba al Dios judío, que en la más solemne fecha religiosa, el *Yom Hakipurim*, decide quién vivirá y quién morirá. Sentí emoción al estrecharle la mano y salí de la oficina con fe renovada en la bondad del género humano.

En Curacao subió a bordo del cargo -con acomodación para unos cuantos pasajeros- un actor ecuatoriano acompañado de una mujer rubia, que era hija ''del Presidente venezolano''. Recuerdo cuánto me impresionó pasar mi primer día en el hemisferio occidental en compañía de la hija de un Presidente. ¡Democrática América! Sólo mucho después llegué a saber que el padre de aquella señorita tan democrática no era otro que el dictador Gómez, que con 80 vástagos a su crédito bien merecía el apodo de *Pater patriae*.

Desembarcamos en La Libertad. Asociación trivial quizás, ¿pero quién, viniendo de una Europa agobiada por la sombra de Hitler, podía no ver en ello un símbolo?

Luego las impresiones comenzaron a sucederse rápidamente. Una playa amplia y lavada. Arena blanca y el combado azul del cielo. Sol fuerte, atenuado por una ligera brisa. Casitas de madera. Viaje a través de la selva en tiempos de sequía. El camino trazado en la arena por las huellas de otro automóvil. Grupos de loros volando en lo alto. Aldeas primitivas, casas sobre pilones. Mujeres encinta. Ojos negros y grandes. Entrada nocturna en una ciudad blanca a través de sus barrios pobres: Guayaquil.

El viaje en tren -de aquel ferrocarril que el pariente de mi padre había ayudado a construir- duraba entonces todavía dos días. Con mi ropa ridículamente blanca, sucia de polvo, estaba sentado en la plataforma trasera del último vagón, mirando hacia atrás y absorbiendo la hermosura del paisaje. Ya sabía: por lo menos no sentiría nostalgia de belleza.

Quito fue para mí un amor a primera vista. Me enamoré de sus casas envejecidas, de sus calles empinadas, de sus calles empedradas (hoy día asfaltadas; ¡Ah, el precio que paga la estética en aras del progreso!), de sus iglesias barrocas, de sus patios coloniales, de las montañas que la rodean, del Pichincha que la domina, de la vista del Panecillo recostado contra el cielo al anochecer.

Los padres del actor que había sido mi compañero de viaje, me invitaron a la cena de Nochebuena. Cuando me levanté para despedirme, el padre me preguntó: ''¿No quiere usted acompañarnos a la misa de gallo?'' ''Se lo he dicho ya -contesté yo- soy judío''. ''Judíos, cristianos -dijo el padre con un ademán omniabarcante- ¡qué importa! ¿No somos acaso todos católicos?''

Después vino el *Anschluss*, Munich, la ocupación de Checoslovaquia, el diluvio. Al subir las aguas, miles de personas trataron de escapar. Unas tres mil consiguieron refugiarse en el Monte Ararat. Ese Ararat estaba situado entre dos cadenas de los Andes y se llamaba Pichincha. A sus pies se extendía una idílica ciudad con callejuelas coloniales, indios pintorescos, sol abrasador al mediodía y noches frescas: San Francisco de Quito.

Llegaron en oleadas. Cada nueva conquista nazi arrojaba unos cuantos más a las playas. La mayoría hablaba alemán.

Nunca hubo muchos ''gringos'' en el Ecuador. Siempre se les trataba con respeto, sin que importase su nacionalidad, y a todos el pueblo los llamaba ''Míster''. Ser extranjero era una garantía de puntualidad, pulcritud y responsabilidad.

''Usted seguramente es amigo del señor Giese'', diría un quiteño ingenuamente a un refugiado judío de origen alemán. El señor Giese también era alemán. No sólo esto: era el jefe de la Gestapo en Quito. Pero esta era una distinción que el Sr. Sánchez o el Sr. González no podían concebir. Después de todo, el Ecuador también tenía sus liberales y conservadores. Y si un ecuatoriano saludaba a un refugiado alemán diciendo: ''*¡Heil Hitler!*'', no lo hacía con malicia. Sólo quería demostrar que sabía unas palabras de alemán.

Pero indudablemente estos nuevos ''alemanes'', ''austríacos'' y ''checoeslovacos'' eran un elemento dinámico. Su necesidad de ganarse el sustento tuvo un efecto revolucionario sobre la idílica capital. De la noche a la mañana surgieron innumerables tiendas y ''fábricas'' nuevas, situadas en garajes. La mayoría prosperó, y los talleres, con el andar del tiempo, se convirtieron en verdaderas empresas industriales. Estos escasos tres mil judíos crearon todo un microcosmo de organizaciones. Hasta comienzos de 1942, la vida comunitaria judía era armoniosa y casi ejemplar.

Pero entonces la guerra llegó también al Ecuador. Con la entrada de los Estados Unidos en el conflicto. Como hongos proliferaron nuevas organizaciones: los ''Alemanes Libres'', los ''Austríacos Libres'', los ''Checoslovacos Libres'', etc., etc. Los checos abrieron su propio restaurante, los polacos su club, los alemanes su ''hogar'', los austríacos -como era de esperar- su café. Se celebraban bailes con trajes nacionales, veladas de música checoslovaca o de canciones vienesas. Todo el mundo hablaba de política. Judíos checos argumentaban con austríacos monárquicos. En un arranque de patriotismo, un judío polaco desprendió el retrato de Stalin de la pared del Club Polaco. Comenzaron a circular revistas alemanas, austríacas y checas. El Monte Ararat se convirtió en la torre de Babel...

Algunos quiteños, que los veían por doquier porque eran fácilmente reconocibles por sus impermeables y sus portafolios, creían que los judíos sumaban decenas de miles. Con el correr del tiempo el término ''judío'' llegó a desplazar el término ''extranjero''. Contrariamente a las teorías raciales del señor Goebbels, todo el que tuviera cabello rubio y ojos azules era judío. Incluso la palabra tradicional ''gringo'' pasó de moda. Todo el mundo era judío: americanos, alemanes nazis, holandeses, y hasta los mismos judíos.

Solo los limpiabotas seguían gritando ''Míster''. Y aunque el término ''judío'' no era despectivo, el de ''Míster'' tenía un sonido más agradable.

Pero las simpatías de la gran mayoría de la intelectualidad estaban del lado de los judíos. Un padre jesuita escribió espontáneamente un folleto refutando los apócrifos ''Protocolos de los Sabios de Sión'' distribuidos por la propaganda nazi y vino, acompañado por una veintena de seminaristas, a dar una charla en la Asociación Israelita. Al presentarlo, dije: ''Al estudiar español, aprendí que en este idioma hay una sola palabra que tiene tres géneros, y es la palabra ''cura''. Hay el cura, la cura y locura. Al ver entre nosotros al Padre Ponce Rivadeneira, expreso un deseo: que sea EL cura LA cura de la LOcura''. Cuando un jefe de inmigración quiso oponer dificultades a los inmigrantes que con tal de huir de Europa se habían comprometido a trabajar, según las leyes de inmigración ecuatorianas, en la industria y la agricultura, y que, puesto que no tenían la más leve noción ni de lo uno ni de lo otro, se dedicaron al comercio, fue llamado por el Presidente Velasco Ibarra quien le dijo. ''Yo he sido refugiado más de una vez en mi vida. Si hubiera tenido que ganarme la vida como agricultor o industrial, ya me habría muerto varias veces de hambre. Las leyes que usted trata de aplicar están hechas para inmigrantes. Los judíos que han venido al Ecuador son refugiados. Mientras yo sea Presidente regirá con respecto a ellos una sola ley: la de la humanidad''.

Cabe añadir que la ley de la Humanidad siguió rigiendo también bajo los otros presidentes del Ecuador.

Al finalizar la guerra se apoderó de buena parte de la comunidad una especie de fiebre. Se habían ido de Alemania, Austria y otros países sabiendo que era para siempre. Habían salido llenos de odio y amargura. Pero el romanticismo artificial de las organizaciones ''libres'' les infundió una cierta nostalgia. La nostalgia de la metrópoli vino a reemplazar su nostalgia de la patria. Sabían que Europa había muerto para ellos. Todo lo que asociaban con Europa había emigrado, concentrándose principalmente en Nueva York. Leían en el ''Aufbau'' sobre sus cantantes, poetas, actores y músicos favoritos. Las maletas estaban hechas; sólo hubo que cambiar de rumbo. El compás señaló hacia los Estados Unidos.

Pero los que salieron descubrieron que no les era
momento de d
verde y la ciud
en montañas c
encanto. Och
habían dejado
aminorado las
sucumbido a l
''mañana''. L
percataron de
sido más fácil
Viena o Praga
sentimiento tar
el país que les
decorosamen
despegó, se d
no decían ''Le

Partió una g
varias, despue
diluvio había l
comunidad ju
con un poco m
ellos, el Ecuad
refugio. Es su

Yo también
evitarlo. Mi p
me llamó a su
tocó presenci
histórica votac
de 1947, en q
aprobaron el
Palestina que
establecimien

Lo presenc
del edificio de
que era redac
aparatos de r
empresa solía
auriculares las
que las agenc
transmitían de
mensajes. To
al viejo indio

ncebir.
or también
vadores. Y
a un
: ''¡Heil
alicia. Sólo
a unas

stos nuevos
' y
elemento
ganarse el
olucionario
la noche a
erables
as, situadas
speró, y
el tiempo, se
empresas
tres mil
rocosmo de
mienzos de
udía era

llegó
a entrada de
nflicto.
nuevas
anes
res'', los
etc., etc.
pio
club, los
ustríacos
afé. Se
es
sica
nes
nablaba de
gumentaban
s. En un
n judío
to de Stalin de

la pared del Club Polaco. Comenzaron a circular revistas alemanas, austríacas y checas. El Monte Ararat se convirtió en la torre de Babel...

Algunos quiteños, que los veían por doquier porque eran fácilmente reconocibles por sus impermeables y sus portafolios, creían que los judíos sumaban decenas de miles. Con el correr del tiempo el término ''judío'' llegó a desplazar el término ''extranjero''. Contrariamente a las teorías raciales del señor Goebbels, todo el que tuviera cabello rubio y ojos azules era judío. Incluso la palabra tradicional ''gringo'' pasó de moda. Todo el mundo era judío: americanos, alemanes nazis, holandeses, y hasta los mismos judíos.

Solo los limpiabotas seguían gritando ''Míster''. Y aunque el término ''judío'' no era despectivo, el de ''Míster'' tenía un sonido más agradable.

Pero las simpatías de la gran mayoría de la intelectualidad estaban del lado de los judíos. Un padre jesuita escribió espontáneamente un folleto refutando los apócrifos ''Protocolos de los Sabios de Sión'' distribuidos por la propaganda nazi y vino, acompañado por una veintena de seminaristas, a dar una charla en la Asociación Israelita. Al presentarlo, dije: ''Al estudiar español, aprendí que en este idioma hay una sola palabra que tiene tres géneros, y es la palabra ''cura''. Hay el cura, la cura y locura. Al ver entre nosotros al Padre Ponce Rivadeneira, expreso un deseo: que sea EL cura LA cura de la LOcura''. Cuando un jefe de inmigración quiso oponer dificultades a los inmigrantes que con tal de huir de Europa se habían comprometido a trabajar, según las leyes de inmigración ecuatorianas, en la industria y la agricultura, y que, puesto que no tenían la más leve noción ni de lo uno ni de lo otro, se dedicaron al comercio, fue llamado por el Presidente Velasco Ibarra quien le dijo. ''Yo he sido refugiado más de una vez en mi vida. Si hubiera tenido que ganarme la vida como agricultor o industrial, ya me habría muerto varias veces de hambre. Las leyes que usted trata de aplicar están hechas para inmigrantes. Los judíos que han venido al Ecuador son refugiados. Mientras yo sea Presidente regirá con respecto a ellos una sola ley: la de la humanidad''.

Cabe añadir que la ley de la Humanidad siguió rigiendo también bajo los otros presidentes del Ecuador.

Al finalizar la guerra se apoderó de buena parte de la comunidad una especie de fiebre. Se habían ido de Alemania, Austria y otros países sabiendo que era para siempre. Habían salido llenos de odio y amargura. Pero el romanticismo artificial de las organizaciones ''libres'' les infundió una cierta nostalgia. La nostalgia de la metrópoli vino a reemplazar su nostalgia de la patria. Sabían que Europa había muerto para ellos. Todo lo que asociaban con Europa había emigrado, concentrándose principalmente en Nueva York. Leían en el ''Aufbau'' sobre sus cantantes, poetas, actores y músicos favoritos. Las maletas estaban hechas; sólo hubo que cambiar de rumbo. El compás señaló hacia los Estados Unidos.

Pero los que salieron descubrieron que no les era tan fácil. En el momento de despedirse, el paisaje verde y la ciudad pintoresca encuadrada en montañas adquirieron un nuevo encanto. Ocho años en los Andes habían dejado su huella. Habían aminorado las marchas, habían sucumbido a la tentación del ''mañana''. Los ex-europeos se percataron de súbito de que les había sido más fácil despedirse de Berlín, Viena o Praga. Experimentaron un sentimiento tardío de gratitud para con el país que les había tratado bien y decorosamente. Y cuando el avión despegó, se dieron cuenta de que ya no decían ''Leb wohl'', sino ''Adiós''.

Partió una golondrina, después varias, después bandadas enteras. El diluvio había llegado a su fin. La comunidad judía de Quito cuenta hoy con un poco más de mil almas. Para ellos, el Ecuador es más que un refugio. Es su patria.

Yo también me fui. No pude evitarlo. Mi pueblo, el pueblo judío, me llamó a sus filas. Sin embargo, me tocó presenciar desde Quito la histórica votación del 29 de noviembre de 1947, en que las Naciones Unidas aprobaron el plan de partición de Palestina que fue la base legal para el establecimiento del Estado de Israel.

Lo presencié desde el último piso del edificio de ''El Comercio'', diario del que era redactor. Sentados ante aparatos de radio, dos empleados de la empresa solían captar con sus auriculares las señales en morse con que las agencias de información transmitían desde Nueva York, sus mensajes. Todavía veo ante mis ojos al viejo indio que tecleaba con sus manos, cobrizas la siguiente noticia sobre una larga hoja de papel:

''Lake Success. Naciones Unidas votaron plan partición de Palestina. More''.

Después vinieron unas cuantas noticias de deportes y nuevamente: ''Lake Sucess. 33 países votaron a favor y 13 en contra. More''.

La noticia siguiente enumeraba los países y cómo votaron. El Ecuador había votado en favor de la partición de Palestina.

Con lágrimas en los ojos abracé al viejo indio que no comprendía mi emoción. Hubiera querido abrazar a toda la nación ecuatoriana. Cuando bajé a la calle y volví a respirar el aire cristalino de los Andes y ver el impecable cobalto del cielo quiteño, mi corazón desbordaba gratitud por un pueblo pequeño que, en la hora más negra de nuestra historia, nos había dado albergue a mí y a los míos y que ahora contribuia a que un pueblo apátrida volviera a tener un hogar propio.

Estoy seguro de que conservaré esta gratitud. He vivido en muchos países y he tenido muchos hogares, pero ninguno puede competir con la sensación que me sobrecoge cuando baja el avión y veo surgir de entre las nubes los picos que rodean a Quito. ''En Quito -suelo decir- he pasado los ocho mejores años de mi vida''. Mi señora, que entonces todavía no era mi señora, se sonroja al oírmelo decir. La acaricio y le digo: ''¿Y qué? Esos fueron los mejores años. Después vinieron los buenos''